

Las uñas

Desde niño comencé a mordirme las uñas. Fue un vicio que adquirí impunemente, bajo el auspicio de una soledad y un anonimato avasallador. El hábito fue arraigándose en mí tal como ocurre con aquellos que comienzan a desarrollar una enfermiza afición al alcohol: de lo esporádico -unos cuantos tragos de cuando en cuando- pronto pasan a un consumo más feroz hasta llegar a establecer un vínculo casi nupcial. No fue por ocio que cogí aquel inofensivo vicio, ni mucho menos por hambre o falta de alimento, creo, más bien, que fue por fidelidad a mi persona, como una suerte de sagrada consagración a mi ser. Si se mira con detenimiento, quien se muerde las uñas realiza un acto de antropofagia, un acto de canibalismo moderado: comerse a sí mismo sin llegar a la agonía, devorarse, con cierto lujo de ansiedad, sin por ello atentar contra la vida misma, lo que en otras palabras sería un innegable acto de suicidio. Para ser franco, no sólo me comía las uñas, si no también, como ocurre con todo aficionado a este succulento deporte, la cutícula que las circunda. Al transcurrir el tiempo, pronto llegué a reconocer el inconfundible sabor de cada una de mis uñas; y no se diga de los pellejos que gustosamente arrancaba de mis dedos: un sabor entre salino y ácido. El único inconveniente que observo en esta afición, se refiere al ardor que deviene tras de haberse arrancado un minúsculo, no por ello menos apetitoso, pellejo conocido vulgarmente con el nombre de “padrastro”. También resulta enfadoso y notoriamente repugnante, por el efecto estético que provoca, el constante sangrado que se origina tras del acto caníbal; la sangre escurriendo de los dedos es, qué duda cabe, una oscura reminiscencia de nuestro origen bárbaro, una instantánea fiel de ese pasado hostil, ese primitivismo incómodo que nos sigue acompañando en nuestro insulso peregrinar, como una suerte de maléfica sombra; piensen ustedes en la siguiente imagen: una pandilla de hombres de las cavernas, con su look sesentero -melena larga y abundante, y barba de profeta eremita- sentados en semi círculo, devorando a un mamut recién cazado, cada cual arrancando con salvaje fruición un pedazo de carne de un cuerpo majestuoso, monumental, aún caliente, sin mácula de descomposición. Esta escena aparentemente lejana, “tan remota como la noche de los tiempos”, puede advertirse aún, con algunas variaciones técnicas y escenográficas, en nuestra “glamorosa” y bien “ordenada civilización”, por ejemplo: un grupo de comensales en derredor de un puesto de tacos de pastor, observando, ansiosamente, con ojos de licántropo hambriento, el trompo de carne grasosa girando en torno a un fuego intermitente. Si bien resulta cierto

que en este caso la carne no es arrancada de ningún cadáver, también es verdad que el modo de comer el taco bien puede parangonearse con aquellas comilonas rupestres, es decir, con cierto dejo de ansiosa glotonería. Volviendo al asunto que nos atañe, el vicio de comerse las uñas es tan añejo como el origen de la escritura; supongo que algunos de los hombres que nos antecedieron -aquellos que vivían sin lenguaje, sin deseos, sin ambiciones- igualmente sucumbieron ante la bendita tentación de las uñas. Esta manera de autofagocitarse, de engullirse a sí mismo, como una suerte de ritual religioso, responde a un ejercicio de economía ontológica; se come lo que de algún modo volverá renovarse, en este sentido uno contribuye al perenne ciclo de la renovación humana. Sé que para la mayoría que no comparte este gusto, el hecho de morderse y comerse las uñas puede interpretarse como un desvergonzado signo de ansiedad, un síntoma que denota un malsano cuadro de neurosis digno de un peliagudo y sofisticado psicoanálisis lacaniano. Cada cual tiene su estilo y su estrategia en cuanto a la práctica de esta manía: en mi caso, suelo comenzar con las uñas de los dedos meñiques. Esta manera de proceder responde a la creencia referida a lo siguiente: “en lo pequeño se halla lo más significativo de la vida”, lo cual podría traducirse como: “la verdadera exquisitez de las viandas se encuentra en lo más minúsculo de los ingredientes”. Después, continúo con las uñas de los anulares y así, sucesivamente, siempre respetando el orden anatómico de los dedos. Dicha estrategia me ha permitido desarrollar, a través de los años, una formidable destreza; estoy convencido que más de uno envidiaría la impecable habilidad con la que ejecuto el difícilísimo arte de comerse a sí mismo -hablando metafóricamente, claro está-. A estas alturas del partido, son ya más de treinta años los que llevo dedicándome a esta práctica deportiva. En ocasiones, he llevado a otros niveles, mucho más exóticos y extravagantes, mi afición por las uñas; confieso que también me he comido las de los dedos de los pies. No es algo que me satisfaga del todo, pero a falta de material de trabajo, he tenido que echar mano de ellas; son mucho más ásperas, menos dúctiles, más difíciles de masticar por su grosor y textura, aunque su sabor es agradable al gusto, supongo, a causa del añejamiento; de hecho, tienen un sabor más acendrado comparándolas con las de los dedos de las manos. Una de las razones por las que prefiero las de las manos, se debe al modo en que uno puede poner en práctica su destreza y agilidad: las de los pies no pueden desprenderse directamente con los dientes, hay que emplear un cortaúñas -a menos que se posea la flexibilidad de un yogui- lo cual, evidentemente, no es mi caso. El uso de objetos intermediarios le resta emotividad y pasión a la disciplina; nada como arrancarse las uñas a dentadas; las prótesis -me refiero al cortaúñas- impiden el contacto entre los dientes y

las uñas, lo cual disminuye, por mucho, la intensidad del placer. Si comparáramos metafóricamente lo anterior con la afición a la bebida, sería como beberse un par de oportos por medio de una manguera. Por último, quisiera decir que existe un aspecto positivo en esta costumbre humana: el irrestricto cultivo de la soledad -práctica que linda, sin mayores pretensiones, con un atípico desarrollo de la espiritualidad- lo cual podría equipararse con una suerte de disciplina monacal. Quien se come las uñas puede prescindir de la presencia del otro, no hace falta la compañía de terceros; claro está que el otro, si estuviese presente, no impide este ejercicio de antropofagia. Lo más aconsejable para aquellos que aún no se aventuran en tan intrépida afición, es que lo realicen en el más severo, según sean sus posibilidades, aislamiento. De esta manera lograrán un máximo de concentración e, inclusive, si lo toman con profunda solemnidad, estarán en condiciones de emprender una especie de retiro interior. Quienes así obren, de ello estoy convencido, pronto alcanzarán un óptimo nivel que les permitirá, indudablemente, pertenecer a la anónima y sacrosanta hermandad de los “come-uñas”, de la cual, me sonrojo al decirlo, detento la titularidad de excelentísimo jerarca vitalicio, patrono de la comarca Albuxech donde nació hace un par de lustros; “Albuxec es la cuna del capitán Trueno”.